15963

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL CASTIGO

SIN VENGANZA,

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS,

DE

LOPE DE VEGA,

REFUNDIDO POR

DON EMILIO ALVAREZ.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ—40.—2.°

1874.

L47 - 6559

247-6559

EL CASTIGO SIN VEN GANZA.

José Rodriguez

EL CASTIGO SIN VENGANZA,

DRAMA TRÁGICO EN TRES ACTOS

DE

LOPE DE VEGA,

REFUNDIDO POR

DON EMILIO ÁLVAREZ.

Representado con gran éxito en el Teatro del CIRCO.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
CASANDRA.....	Doña Elisa Boldun.
AURORA.....	Cármen Genovés.
LUCRECIA.....	Luisa Morilla.
CINTIA.....	Juana Mondéjar.
EL DUQUE DE FERRARA.....	Don Donato Jimenez.
FEDERICO.....	Rafael Calvo.
EL MARQUÉS GONZAGA.....	Ricardo Calvo.
RICARDO.....	Antonio Hernandez.
FEBO.....	Ricardo Letre.
RUTILIO.....	Federico Carrascosa.
FLORO.....	Antonio Fornoza.
ALBANO.....	Enrique Oliva.
BATIN.....	Mariano Fernandez.

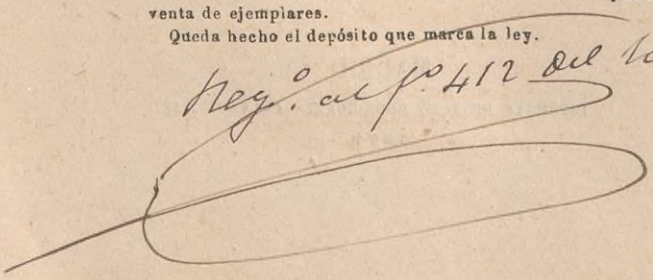
Acompañamiento.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada El Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



ACTO PRIMERO.

Sitio pintoresco en las cercanías de Ferrara.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE DE FERRARA, RICARDO y FEBO.

RIC. Linda burla.
FEBO. Por extremo.
Pero quién imaginára
que era el Duque de Ferrara?
DUQUE. Que no me conozcan temo.
RIC. Debajo de ese disfraz
hay licencia para todo;
que aun el cielo en algun modo
es de disfraces capaz.
Qué piensas tú, que es el velo
conque la noche le tapa?
una guarnecida capa
conque se disfraza el cielo.
DUQUE. Ya comienzas desatinos?
RIC. ¿No los pensó algun poeta
de estos de la nueva seta
que se imaginan divinos?
Si á sus licencias apelo,
no me darás culpa alguna,
que yo sé quién á la luna

llamó requeson del cielo.

DUQUE. Pues no te parezca error:
que la poesía ha llegado
á tan miserable estado,
que es ya como jugador
de aquellos transformadores;
muchas manos, ciencia poca,
que echan cintas por la boca
de diferentes colores.
Pero dejando á otro fin
esta materia cansada,
no es mala aquella casada.

RIC. ¡Cómo mala! Un serafín.
Pero tiene un bravo azar
que es imposible sufrillo.

DUQUE. ¿Cómo?

RIC. Un cierto maridillo
que toma y no da lugar.

DUQUE. Que mis perdidos deseos
hasta aquí me hayan traído!
Ya esta noche me despido
de citas y galanteos;
guía á otro sitio.

RIC. Ya guío.
Muy cerca vive una dama
como azúcar de retama,
dulce y morena.

DUQUE. ¿Qué brío?

RIC. El que pide la color;
mas el que con ella habita
es de cualquiera visita
cabizbajo rumiador.

DUQUE. Vamos.

RIC. No sé si querrá
abrir á estas horas.

DUQUE. ¿No?
Y si digo quién soy yo?

RIC. Si lo dices, claro está.

DUQUE. Llama, pues.

RIC. Ya te esperaba,
que al primer golpe salió.

ESCENA II.

LOS MISMOS, CINTIA, en la puerta.

CINTIA. ¿Quién es?
RIC. Yo soy.
CINTIA. ¿Quién es yo?
RIC. Amigos, Cintia; abre, acaba,
que viene el Duque conmigo;
tanto mi alabanza pudo.
CINTIA. ¿El Duque?
RIC. Lo dudas?
CINTIA. Dudo,
no digo el venir contigo,
mas el visitarme á mí
tan gran señor y á tal hora.
RIC. Por hacerte gran señora
viene disfrazado así.
CINTIA. Ricardo, si el mes pasado
lo que agora me dijeras
del Duque, me persuadieras
de que á mi casa ha llegado;
pues toda su mocedad
pasó licenciosamente
fábula siendo á la gente
su viciosa libertad.
Y como no se ha casado
por vivir más á su gusto,
sin mirar que fuera injusto
ser de un bastardo heredero,
aunque es mozo de valor
su hijo Federico, fuera
fácil que á verme viniera;
mas ya que como señor
se ha llegado á recoger,
y que á recibir envía
con su hijo en este dia
á Casandra su mujer,
no es posible que ande haciendo
locuras de noche ya,
cuando esperándola está

y su entrada disponiendo;
que si en Federico fuera
libertad, ¿qué fuera en él?
y si tú fueras fiel
aunque él ocasion te diera,
no anduvieras atrevido
deslustrando su valor,
que ya el Duque tu señor
está acostado y dormido.
Y así, cierro la ventana;
que ya sé qué fué invencion
para hallar conversacion.
Adios, y vuelve mañana.

ESCENA III.

EL DUQUE, RICARDO, FEBO.

DUQUE. Á buena casa de gusto
me has traido.
RIC. Yo, señor,
qué culpa tengo?
DUQUE. Fué error
fiarte tanto disgusto.
RIC. Para la noche que viene,
si quieres, yo romperé
la puerta.
DUQUE. Que esto escuché!
FEBO. Ricardo la culpa tiene.
Pero señor, quien gobierna,
si quiere saber su estado
cómo es temido ó amado,
deje la lisonja tierna
del criado adulador,
y disfrazado de noche
en traje humilde ó en coche
salga á saber su valor;
que algunos emperadores
se valieron de este engaño.
DUQUE. Quien escucha oye su daño:
y fueron esos señores
filósofos majaderos.

Porque el vulgo no es censor
de la verdad, y es error
de entendimientos groseros,
fiar la buena opinion
de quien, inconstante y vario,
todo lo juzga al contrario
de la ley de la razon.
Un quejoso, un descontento,
echa, por vengar su ira,
en el vulgo una mentira,
á la novedad atento;
y como por su bajeza
no la puede averiguar,
ni en los palacios entrar,
murmura de la grandeza.
Yo confiese que he vivido
libremente y sin casarme,
por no querer sujetarme;
y que tambien parte ha sido
pensar que me heredaría
Federico, aunque bastardo:
mas ya que á Casandra aguardo
en este dichoso dia,
todo lo pondré en olvido.

RIC. Bien harás.

DUQUE. Guia á otra parte,

RIC. Si quieres desenfadarte
pon á esta puerta el oido.

DUQUE. ¿Cantan?

RIC. ¿No lo ves?

DUQUE. Pues quién
vive aquí?

FEBO. Vive un autor
de comedias.

RIC. Y el mejor
de Italia.

DUQUE. Ensayan tambien
una comedia; escuchemos.
¿Quién habla ahora?

RIC. Es la dama.

DUQUE. Si es Andrelina es de fama;
qué accion! ¡Qué afectos! ¡Qué extremos!

UNA VOZ. (Dentro.) «Déjame, pensamiento;
no más, no más memoria;
que mi pasada gloria
conviertes en tormento,
y de este sentimiento
ya no quiero memoria, sino olvido;
que son de un bien perdido
aunque presumes que mi mal mejoras,
discursos tristes para alegres horas.»

DUQUE. Notable accion!

RIC. Extremada.

DUQUE. Ya es dia claro; ya estoy
sin gusto; á acostarme voy.

RIC. Espera.

DUQUE. Todo me enfada.

RIC. Notable es esta mujer.

DUQUE. Sí, pero vamos de aquí,
que temo que hable de mí.

RIC. De tí cómo puede ser?

DUQUE. Pues ahora sabes, Ricardo,
que es la comedia un espejo
donde se ve el niño, el viejo,
el noble, el fuerte, el gallardo,
el rey, el gobernador,
la doncella y la casada,
y que al ejemplo escuchada
de la vida y del honor
retrata nuestras costumbres
ó livianas ó severas,
mezclando burlas y veras,
donaires y pesadumbres?
Basta, que oí del papel
de esta aparecida dama
el estado de mi fama;
bien claro me hablaba en él.
Á que escuche me persuades
todavía? Pues no ignores
que no quieren los señores
oir tan claras verdades.—
Mas dejando estas porfías
demos la vuelta á Ferrara.

RIC. Ya la ocasion nos depara

lo mismo que apetecías.
Gente llega; y á juzgar
por las señas... no lo ves?
Tu hijo Federico es
quien se acerca á este lugar.
En tal sitio y á tal hora,
segun tu órden, imagino
que á esperar sale al camino
á Casandra mi señora.

DUQUE. Aún se halla en las cercanías
de la ciudad; pide el coche.
Sea esta mi última noche
de necias galanterías..
Pronto; á palacio volvamos;
conveniente evitar fuera
este encuentro.

FEBO. El coche espera.

DUQUE. Pues vamos, señores.

RIC Vamos.

ESCENA IV.

FEDERICO, BATIN, ACOMPAÑAMIENTO.

FED. En este sitio descansar deseo.
Deténgase la gente en esta parte.

BATIN. No quiero persuadirte ni obligarte,
pues tan rendido á tu pesar te veo.
Mas que aún estás repara
á muy corta distancia de Ferrara.

FED. Para alejarme aún más no tengo gusto.

BATIN. Agora en cuatro sauces te detienes,
cuando á negocio, Federico, vienes
de tan gran importancia?

FED. Mi disgusto
no me permite como fuera justo
más priesa y más cuidado:
ántes la gente dejo fatigado
de varios pensamientos,
y al dosel de estos árboles que atentos
á las dormidas ondas de ese rio
mirando están sus copas,

despues que los vistió de verdes ropas,
de mí mismo quisiera retirarme;
que me cansa el hablarme
del casamiento de mi padre cuando
pensé heredarle; que si voy mostrando
á nuestra gente gusto, como es justo,
el alma llena de mortal disgusto
camino á Mántua, de sentido ajeno;
que voy por mi veneno
en ir por mi madrastra, aunque es forzoso.

BATIN. Ya de tu padre el proceder vicioso
de propios y de extraños reprendido,
quodó á los piés de la virtud rendido:
ya quiere sosegarse;
que no hay freno, señor, como casarse.

FED. Ya sé yo que á mi padre
no puede haber remedio que le cuadre
como es el casamiento;
pero esto en nada alivia mi tormento:
¿pues qué me importa á mí que se sosiegue
mi padre, y que se niegue
á los vicios pasados,
si han de heredar sus hijos sus estados,
y yo, en desdichas tantas,
como escudero vil caeré á sus plantas!

BATIN. Hijo eres natural, y tu remedio
sólo es poner paciencia de p r medio.

FED. Yo he de sufrir madrastra?

BATIN. No sufrías
las muchas que tenías
con los vicios del Duque? Pues ahora
sólo una sufre que es tan gran señora.

VOCES. Favor! Favor! (Dentro.)

FED. Qué voces son aquellas?

BATIN. En el vado del rio suena gente.

FED. Mujeres son. (Sale precipitadamente.)

BATIN. Detente.

FED. Cobarde, no es razon favorecellas?

BATIN. Excusar el peligro es ser valiente.
Floro, Albano!

ESCENA V.

BATIN, FLORO, ALBANO.

BATIN. En socorro de una dama
salió el conde de aquí; mientras le sigo
llamad la gente. (Se va.)
FLORO. Dónde vas? Espera.
ALB. Pienso que es burla.
FLORO. Y yo lo mismo digo;
aunque suena rumor en la ribera
de gente que camina.
ALB. Mal Federico á obedecer se inclina
el nuevo dueño aunque á buscarle viene.
FLORO. Sale á los ojos el pesar que tiene.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, FEDERICO, CASANDRA.

FED. (Conduciendo en sus brazos á Casandra, seguido del acompañamiento.)
Hasta poneros aquí
los brazos me dan licencia.
CAS. ¡Ay de mí!
FED. Volved en vos.
CAS. Dónde estoy?
FED. Donde os alientan:
donde os sirven, donde os aman.
CAS. Vuestra dulce voz penetra
en mi pecho, y ella sola
me reanima y consuela,
y calma mis inquietudes
y mis peligros ahuyenta.
FED. ¿Cómo os sentís?
CAS. Bien me siento.
FED. Herida estais?
CAS. No os dé pena.
FED. Si hubo golpe...
CAS. Fué ligero.
FED. Serenaos.

CAS. Estoy serena.
FED. Dicha fué llegar á tiempo.
CAS. Fortuna fué hallaros cerca.
FED. Mi buena estrella bendigo.
CAS. Bendita mi buena estrella.
(Sin mí estoy.)
FED. (Á hablar no acierto.)
CAS. (Oh, qué galan!)
FED. (Oh, qué bella!)
FEBO. ¿Qué es esto? (Á Albano.)
ALB. Que volcó el coche.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, BATIN, LUCRECIA.

BATIN. (Conduciendo en sus brazos á Lucrecia.)
Mujer, dime, cómo pesas,
si dicen que eres liviana?
LUC. Hidalgo, dónde me llevas?
BATIN. Á sacarte por lo ménos
de tanta enfadosa arena
como la falda del rio
en estas orillas deja.
Pienso que fué treta suya
por tener ninfas tan bellas
volcarse el coche al salir;
que si no fuera tan cerca
corriérades gran peligro.
FED. Señora, porque yo pueda
hablaros con el respeto
que vuestra persona muestra,
decidme quien sois.
CAS. Señor,
no hay causa porque no deba
decirlo: yo soy Casandra,
ya de Ferrara duquesa,
hija del duque de Mántua.
BATIN. (Señor, tu madrastra es esta.)
FED. (Válgame el cielo!) Pues cómo
vienesola vuestra alteza?
CAS. No vengo sola; no lejos

el marqués Gonzaga queda;
al séquito adelantéme,
y de ello á fe no me pesa,
si al dejar su compañía
á dar vine con la vuestra.

FED. Me honrais.

CAS. Y vos... quién sois vos?
Aunque ya vuestra presencia
lo generoso asegura
y lo valeroso muestra.

FED. Sabed, señora, que soy...
que es hijo el que á veros llega
del Gran Duque de Ferrara.

CAS. Vos... sois vos... anduve necia
en no haberos conocido.
Quién, sino quien sois, pudiera
valerme en tan grave riesgo?

FED. Poco hice por vuestra alteza,
que aún más quisiera serviros.

CAS. Callando os doy la respuesta.
(Siguen hablando en voz baja.)

BATIN. (Con Lucrecia.)
Ya que ha sido nuestra dicha
que esta gran señora sea
á quien á esperar salimos,
justo será que yo sepa
si eres tú vuesamerced,
señoría ó excelencia,
para que pueda medir
lo razonado á las prendas.

LUC. Soy doméstica criada;
visto y desnudo á su alteza.

BATIN. Eres camarera?

LUC. Pues.

BATIN Cómo te llamas?

LUC. Lucrecia.

BATIN. La de Roma?

LUC. Más acá.

BATIN. Gracias á Dios que con ella
topé; que desde su historia
traigo llena la cabeza
de castidades forzadas

y de diligencias necias.
¿Tú viste á Tarquino?

LUC. No.

BATIN. ¿Y qué hicieras si le vieras?

LUC. ¿Tienes mujer?

BATIN. Por qué causa
lo preguntas?

LUC. Porque pueda
ir á tomar su consejo.

BATIN. Herísteme por la treta.
Tú sabes quién soy?

LUC. ¿De qué?

BATIN. Es posible que no llega
aún hasta Mántua la fama
de Batin?

LUC. ¿Por qué excelencias?
Pero tú debes de ser
como esos necios, que piensan
que en todo el mundo su nombre
con aplauso se celebra,
y apenas le sabe nadie.

BATIN. No quiera Dios que tal sea.

CAS. (Con Federico.)
Aún no acierto á encarecer
el haberos conocido:
poco es lo que había oido
para lo que vengo á ver.
El hablar, el proceder
á la persona conforma,
hijo y mi señor, de forma,
que muestra en lo que habeis hecho
cuál es el alma del pecho
que tan gran sujeto informa.
Dicha ha sido haber errado
el camino que seguí,
pues más presto os conocí
por yerro tan acertado.
Cual suele en el mar airado
la tempestad, despues de ella
ver aquella lumbre bella,
así fué mi error la noche,
mar el rio, nave el coche,

yo el piloto y vos mi estrella.
Madre os seré desde hoy,
señor conde Federico,
y de este nombre os suplico
que me honreis, pues ya lo soy.
De vos tan ufana estoy,
y tanto el alma repara
en prenda tan dulce y cara,
que me da más regocijo
teneros á vos por hijo,
que ser duquesa en Ferrara.

FED. Basta que me dé temor,
hermosa señora, el veros;
no me impida el responderos
turbarme tanto favor.
Hoy el duque, mi señor,
en dos divide mi ser,
que en la forma pudo hacer
que mi ser primero fuese,
para que el alma debiese
á mi segundo nacer.
Vuestra solo de estos dos
nacimientos es la palma,
que para nacer con alma
hoy quiero nacer de vos:
que aunque quien la infunde es Dios,
hasta que os ví no sentía
en qué parte la tenía;
y si conocerla os debo,
de vos recibo ser nuevo,
que yo sin alma vivía.
Y de esto se considera,
pues que de vos nacer quiero,
que soy el hijo primero
que el duque de vos espera:
y de que tan hombre quiera
nacer, no son fantasías;
que para disculpas mias,
aquel divino crisol
há seis mil años que es sol,
y nace todos los dias.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, el MARQUÉS GONZAGA, RUTILIO.

RUT. Aquí, señor, los dejé.
MARQ. Inmensa desdicha fuera
si el caballero que dices
no llegára á socorrerla.
RUT. Allí está con los criados
del caballero.
CAS. Ya llega
mi gente.
MARQ. Gracias á Dios
que hallo en salvo á vuestra alteza.
CAS. Dadlas á este caballero;
su piadosa gentileza
vida me dió.
MARQ. Señor conde,
basta que Casandra os deba
servicio tan grande, para
que esclavo vuestro me ofrezca.
Y ahora, si dais vos permiso,
adelante iremos.
CAS. Sea.
MARQ. Dad al conde mi caballo.
CAS. Es inútil diligencia;
irá mejor en mi coche.
FED. Como plazca á vuestra alteza.
CAS. Así me place. Venid.

ESCENA IX.

FEDERICO, BATIN.

BATIN. Qué bizarra es la duquesa!
FED. Parécete bien, Batin?
BATIN. Paréceme una azucena:
y si quieres que te diga...
FED. Calla, que con tu agudeza
me has visto el alma en los ojos
y el gusto me lisonjeas.

BATIN. No era mejor para tí
esta clavellina fresca,
esta naranja en azahar,
toda de pimpollos hecha?
¡Pese á las leyes del mundo!
FED. Vamos ya, que nos esperan.
BATIN. Serás tú el primer alnado
á quien hermosa parezca
su madrastra; pero ello
no hay sino tener paciencia,
que á fe que á dos pesadumbres
ella te parece fea.

CUADRO SEGUNDO.

Espacioso jardin en el palacio de Ferrara.

ESCENA X.

AURORA, el DUQUE.

DUQUE. Que se hallen cerca es preciso:
tarde al camino salió
Federico.
AUR. Mucho erró;
pues cuando llegó el aviso,
el conde debió salir
á recibir á su alteza.
DUQUE. Bien pudo alguna tristeza
la salida diferir.
Duéleme su postracion,
porque es Federico, Aurora,
lo que más mi alma adora;

y fué el casarme, traicion
que hago á mi propio gusto;
que mis vasallos han sido
quien me han forzado y vencido
á darle tanto disgusto.
Porque los deudos que tienen
derecho á mi sucesion
pondrán pleito con razon;
ó en fin, si á las armas vienen
no pudiendo concertallos,
abrasarán estas tierras,
porque siempre son las guerras
á costa de los vasallos.
Con esto determiné
casarme; no pude más.

AUR. Señor, disculpado estás,
y un consejo te daré.
Perdona el atrevimiento,
que fiada en el amor
que me muestras, con valor
te diré mi pensamiento.
—Yo soy, invicto Duque, tu sobrina;
hija soy de tu hermano
que há tiempo sucumbió, como temprano
almendro que la flor al cierzo inclina.
Criásteme en tu casa, porque luégo
quedé tambien sin madre;
tú sólo fuiste mi querido padre:
y en el confuso laberinto ciego
de mis fortunas tristes,
el hilo de oro que de luz me vistes.
Disteme por hermano á Federico,
mi primo en la crianza,
á cuya siempre honesta confianza
con dulce trato honesto amor aplico
no ménos de él querida,
viviendo entrambos una misma vida:
una ley, un amor, un albedrío,
una fe nos gobierna,
que con el matrimonio será eterna,
siendo yo suya y Federico mio.
Desde la muerte de mi padre amado

tiene mi hacienda aumento:
no hay en Italia ahora casamiento
más igual á sus prendas y á su estado.
Si le casas conmigo estás seguro
de que no se entristezca,
de que Casandra sucesion te ofrezca,
sirviendo yo de su defensa y muro.
Mira si en este medio
promete mi consejo tu remedio.

DUQUE. Mi vida y honra aseguras;
y yo te prometo al conde
si á tu honesto amor responde
la fe con que le procuras.
Y así, pues vuestros intentos
conformes vienen á ser,
palabra te doy de hacer
juntos los dos casamientos.
Venga el conde, y tú verás
qué dia á Ferrara doy.

AUR. Tu hija y tu esclava soy;
no puedo decirte más.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, BATIN.

BATIN. Vuestra alteza, gran señor.
reparta entre mí y el viento
las albricias, porque á entrambos
se las debe de derecho.
La duquesa, mi señora,
llega buena; y si primero
volcó el coche, no fué nada,
porque el conde al mismo tiempo
llegó y la sacó en los brazos;
con que las paces se han hecho
de aquella opinion que dice
que nunca bien se quisieron
los alnados y madrastras;
porque con tanto contento
vienen juntos, que parecen

hijo y madre verdaderos.

DUQUE Esa paz, Batin amigo,
es la nueva que agradezco.

BATIN. La de estar con gusto el conde,
fuera de ser nueva, es nuevo.
Ya llegan.

DUQUE. Por las albricias
ponte esta cadena al cuello.

ESCENA XI.

CASANDRA, LUCRECIA, FEDERICO, el MARQUÉS, RUTILIO, ALBANO, GRAN ACOMPAÑAMIENTO.

FED. En este jardin, señora,
os tienen hecho aposento
para que el Duque os reciba,
en tanto que disponiendo
queda Ferrara la entrada
que á vuestros merecimientos
se debe.

CAS. Los vuestros bastan
á favorecerme.

DUQUE. El cielo,
hermosa Casandra, os guarde
los años de mi deseo.

CAS. Para ser de vuestra alteza
esclava, gran señor, vengo;
que de este título sólo
recibe mi casa aumento,
mi padre honor, y mi patria
gloria, en cuya fe poseo
los méritos de llegar
á ser digna de los vuestros.

DUQUE. Dadme vos, señor Marqués,
los brazos, á quien hoy debo
prenda de tanto valor.

MARQ. En su nombre los merezco,
y por la parte que tuve
en este alegre himeneo;
pues hasta la ejecucion
me sois deudor del concierto.

DUQUE. (Presentándola.)
Conoced, Casandra, á Aurora.
CAS. Feliz yo, Aurora, que os tengo
por amiga.
AUR. Que soy vuestra
sólo responderos puedo.
Dichosa Ferrara ha sido.
CAS. Con tales favores entro,
que de todas mis acciones
próspero fin me prometo.
DUQUE. Permitid que os reconozcan
con debido amor mis deudos.
(Se inclinan todos ménos Federico.)
CAS. No se acerca el conde?
DUQUE. Sí;
que él ha de ser el primero
que os ha de besar la mano.
FED. (Llegando.) Señora...
CAS. No lo consiento.
FED. Fuera ir contra mi obediencia.
Tres veces, señora, beso
vuestra mano: una por vos,
con que humilde me sujeto
á ser vuestro mientras viva,
de estos vasallos ejemplo;
la segunda por el Duque
mi señor, á quien respeto
obediente, y la tercera
por mí, porque no teniendo
más por vuestra obligacion
ni ménos por su precepto,
sea de mi voluntad,
señora, el reconoceros;
que la que sale del alma
sin fuerza de gusto ajeno,
es verdadera obediencia.
CAS. (Qué respetuoso! Qué atento!)
MARQ. Dias há, gallarda Aurora,
que mis deseos de veros
nacieron de vuestra fama,
y á mi fortuna le debo
hallarme cerca de vos.

y puesto que se cumplieron,
son mayores de serviros,
cuando tan hermosa os veo.

AUR. Yo, señor Marqués, estimo
ese favor como vuestro,
que de vos tambien tenía
noticia por tantos hechos.

DUQUE. Que descanseis es razon.

CAS. Ley es mia obedeceros.

DUQUE. De mi persona y palacio
vos sois el único dueño.
(Conduciendo á Casandra.)
La dicha llevo en el alma.

CAS. (Hondas inquiatudes llevo.)
(Salen todos.)

ESCENA XIII.

FEDERICO, BATIN.

BATIN. Todos se van; y mi amo
se ha quedado allí suspenso.

FED. ¡Qué necia imaginacion!

BATIN. ¿Cómo necia? ¿Qué tenemos?

FED. Bien dicen que nuestra vida
es sueño, y que todo es sueño;
pues que no sólo dormidos,
pero aun estando despiertos,
cosas imagina el hombre
que el más abrasado enfermo
con frenesí, no podría
tener en el pensamiento.

BATIN. Dices bien; que muchas veces
entre nobles caballeros
suelo estar, y de improviso
me acomete el loco intento
de dar un moquete á uno
y mordelle en el pescuezo.
Cuando me asomo á un balcon
estoy pensando y temiendo
tirarme de él y matarme.
Si voy en algun entierro

me dan ganas de reir.
Y si á alguna dama veo,
en mi loca fantasía
asirla del moño intento,
y me salen mil colores
como si lo hubiera hecho.

FED. ¡Jesús!... Dios me valga... yo
tal imagino... tal pienso?
Quítame esta loca idea.

BATIN. Pues tú para mí secreto?

FED. Batin, no es cosa que hice,
y así nada te reservo;
que las imaginaciones
son espíritu sin cuerpo:
lo que no es, ni ha de ser,
no es esconderte mi pecho.

BATIN. Y si te lo digo yo,
negarásmelo?

FED. Primero
que puedas adivinarlo,
habrá flores en el cielo
y en este jardin estrellas.

BATIN. Pues mira como lo acierto:
que te agrada tu madrastra
estás entre tí diciendo.

FED. No lo pienses... no lo digas!
Y si algo en mí has descubierto,
por toda una eternidad
sepulta dentro del pecho
tan infundada sospecha,
tan espantoso recelo.
No lo pienses ni lo digas!
¡Silencio, Batin, silencio!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Pequeño gabinete en el palacio de Ferrara.

ESCENA PRIMERA.

CASANDRA, LUCRECIA.

LUC. Con notable admiracion
me ha dejado vuestra alteza.
CAS. Ya sabes de mi tristeza
la verdadera razon.
Más quisiera en la ocasion
ser una ruda villana,
que me hallára la mañana
al lado de un labrador,
que desprecio de un señor
en oro, púrpura y grana.
Pluguiera á Dios que naciera
bajamente, pues hallára
quien lo que soy estimára
y á mi amor correspondiera.
En la más humilde esfera
como en cámaras reales,
se gozan contentos tales
que no los crece el valor;
que no hay, si los hace amor,
casamientos desiguales.

Dichosa la que no llora
un desprecio tan marcado,
y duerme tranquila al lado
del esposo que la adora.
La que á la luz de la aurora
lávase en la fuente clara
con ambas manos la cara,
y no en llanto, cuando fué
mujer de un hombre sin fe,
con ser duque de Ferrara.
Que venga un hombre á su casa
cuando viene al mundo el dia,
que viva á su fantasía,
por libertad de hombre pasa;
¿quién puede ponerle tasa?
Pero quien con tal desprecio
trate una mujer de precio
de sus prendas olvidado,
ó quiere ser desdichado,
ó tiene mucho de necio.
El Duque debe de ser
de aquellos, que en su opinion,
llegando á la posesion,
quieren en casa tener
como alhaja la mujer
para adorno, lustre y gala,
silla ó escritorio en sala,
y es término que condeno;
que en fin, con marido bueno,
no es comun ver mujer mala.
La mujer de honesto trato
viene para ser mujer
á su casa; que no á ser
silla, escritorio ó retrato.
Basta ser un hombre ingrato
sin que sea descortés;
y es mejor, si causa es
de algun pensamiento extraño,
no dar ocasion al daño,
que remediarle despues.

Luc. Hále escrito vuestra alteza
á su padre estos enojos?

CAS. No, Lucrecia; que mis ojos
sólo saben mi tristeza.
LUC. Conforme á naturaleza
y á la razon, mejor fuera
que el conde te mereciera,
y que contigo casado
asegurando su estado
á su padre sucediera;
que aquestas melancolías
que trae el conde, no son
señora, sin ocasion.
CAS. No serán sus fantasías
más ardientes que las mias.
Su remedio intentaré,
conque Federico esté
seguro que no soy yo
quien sus desdichas causó.
LUC. Aquí está.
CAS. Verle no sé.

ESCENA II.

LAS MISMAS, el DUQUE, FEDERICO.

DUQUE. Si yo pensára, conde, que te diera
tanto disgusto el casamiento mio,
ántes de imaginarlo me muriera.
FED. Señor, fuera notable desvarío
que me enojára á mí tu casamiento,
ni de tu amor por eso desconfío.
Advierta, pues, tu claro entendimiento
que, si del casamiento me pesára,
disimular supiera el descontento.
La falta de salud se ve en mi cara,
pero no la ocasion.
CAS. (Con Lucrecia á media voz.) (No me ha mirad
ni en nosotras repara todavía;
de mí anda Federico descuidado.
LUC. No te vió
CAS. Pues esa es la queja mia.
Ven, que en tanto que aliente aquí esta idea,
verle deseo y temo que me vea.)

ESCENA III.

EL DUQUE, FEDERICO.

DUQUE. Yo quiero proponerte un casamiento.
FED. Es por ventura Aurora?
DUQUE. El pensamiento
me hurtaste al producirle por los labios,
con quien tiene el mismo sentimiento.
FED. Señor, porque no entiendas que yo hago
sentimiento de cosa que es tan justa,
y el amor que me muestras satisfago,
sabré primero si mi prima gusta.
Por ella, que á servirla le provoca,
el Marqués en Ferrara se ha quedado.
DUQUE ¿Pues eso, Federico, qué te toca?
FED. Al que se ha de casar le da cuidado
el galan que ha servido, y áun enojos;
que es escribir sobre papel borrado.
DUQUE. Si andan los hombres á mirar antojos,
encierren en castillos las mujeres
desde que nacen, contra tantos ojos;
que el más puro cristal, si verte quieres,
se mancha del aliento; mas qué importa,
si del mirar escrupuloso eres,
pues luégo que se limpia y se reporta,
tan claro queda como estaba de ántes?
FED. Muy bien tu ingenio y tu valor me exhorta.
Señor, cuando centellas rutilantes
escupe alguna fragua, y el que fragua
quiere apagar las llamas resonantes,
moja las brasas de la ardiente fragua;
pero rebeldes ellas, crecen luégo,
y arde el fuego voraz lamiendo el agua.
Así un marido del amante ciego
templó el deseo y la primera llama;
pero puede volver más vivo el fuego:
y así, debo temerme de quien ama;
que no quiero ser agua que le aumente
dando fuego á mi honor, y humo á mi fama.
DUQUE. Cansado, conde, estás; mas ten presente

que á Aurora ultrajas de tu honor en mengua;
y alejarme de tí juzgo prudente,
mientras recoges la atrevida lengua.

ESCENA IV.

FEDERICO y BATIN.

BATIN. Oh, qué bien has negociado
la gracia del Duque!
FED. Espero
su desgracia, porque quiero
ser en todo desdichado;
que mi desesperacion
ha llegado á ser de suerte,
que sólo para la muerte
me permite apelacion.
Y si muriera, quisiera
poder volver á vivir
mil veces, para morir
cuantas á vivir volviera.
Tal estoy, que no me atrevo
ni á vivir, ni á morir ya,
por ver que el vivir será
volver á morir de nuevo.
Y si no soy mi homicida,
es por ser mi mal tan fuerte,
que porque es menos la muerte,
me dejo estar con la vida.
BATIN. Qué mal te aflige?
FED. Batin,
si yo decirte pudiera
mi mal, mal posible fuera,
y mal que tuviera fin.
Pero la desdicha ha sido
que es mi mal de condicion,
que no cabe en mi razon,
sino sólo en mi sentido;
que cuando por mi consuelo
voy á hablar, me pone en calma
ver que hay de la lengua al alma
más que de la tierra al cielo.

Vete, si quieres, tambien,
y déjame solo aquí,
porque no haya sombra en mí
que aun tenga sombra de bien.

ESCENA V.

LOS MISMOS, CASANDRA, AURORA.

CAS. De eso lloras?
AUR. Le parece
á vuestra alteza, señora,
sin razon, si el conde ahora
me desprecia y aborrece?
CAS. Pues no quieres al Marqués
Gonzaga?
AUR. Yo á Cárlos?... no.
Quiero á Federico.
CAS. Yo
lo digo por tu interés;
olvida ese pensamiento,
que á mí me han asegurado
que anda de otra enamorado.
AUR. Ántes de tu casamiento
la misma luz de sus ojos
era yo; pero ya soy
quien en los ojos le doy.
CAS. Olvida ya esos enojos.
AUR. Qué aurora nuevas el dia
trajo al mundo, sin hallar
al conde, dónde á buscar
la de sus ojos venía?
¿En qué jardin, en qué fuente
no me dijo el conde amores?
¿Qué jazmines ó qué flores
no fueron mi boca y frente?
¿Cuándo de mí se apartó;
qué instante vivió sin mí?
¿ó cómo viviera en sí,
si no le animara yo?
Que tanto el trato acrisola
la fe de amor, que de dos

almas que nos puso Dios
hicimos un alma sola.
Esto desde tiernos años,
porque con los dos nació
este amor, que hoy acabó
á manos de sus engaños.
Tanto pudo la ambicion
del estado que ha perdido.

CAS. Pésame de que haya sido,
Aurora, por mi ocasion.
Con que un amor tu alma siente
que el mismo conde alentó?
Nunca imaginára yo
un amor tan vehemente.
Pero templa tus desvelos
mientras voy á hablar con él,
si bien es cosa cruel
poner en razon los celos.

AUR. De él quiero huir.

CAS. Bien harás:
que mal tu cariño empleas.

AUR. No he de verle.

CAS. No le veas.
(Ni á verle vuelvas jamás.)

ESCENA VI.

CASANDRA, FEDERICO.

CAS. Federico.

FED. Mi señora.

CAS. (Á Batin.) Sal de aquí.

BATIN. (Saliendo.) (El conde turbado
y hablarle á solas Casandra?...
con tal que no sople el diablo!)

CAS. (Despues de contemplar un instante á Federico, que se halla retirado de ella.)
¿Qué te suspende? Qué pena,
ó qué turbacion te causo?
Al hallarte, Federico,
esta vez, en tí reparo
no sé qué desasosiego.

FED. Os engañais.
CAS. No me engaño;
qué pena me ocultas?
FED. Yo...
ninguna.
CAS. Solos estamos;
bien puedes ya darme cuenta
de tus celosos cuidados.
FED. Yo celos?
CAS. Vas á negar
lo que por Aurora acabo
de saber?
FED. Yo con Aurora?
CAS. Pues no te la quita Cárlos...
el marqués Gonzaga... y tú
no estás de ella enamorado?
Qué de afanes no te cuesta?
qué nuevas auroras trajo
al mundo el dia, sin ir
su Federico adorado
á buscar la de sus ojos
para abrasarse en sus rayos?
Cuándo de ella te alejaste?
En qué jardin ó en qué prado
no dijiste tus amores?
Qué jazmines ó qué nardos
no fueron su frente y boca?
Tambien esto has de negarlo?
Qué instante vivió sin tí,
ni tú sin ella? Pues cuándo
rompereis lazo tan fuerte?
Que tanto acrisola el trato
la fe de amor, que de dos
almas que alentábais ambos,
hicísteis un alma sola
desde vuestros tiernos años.
Esto niegas, cuando yo
lo acabo de oir de sus labios?
FED. Ni por Aurora suspiro,
ni celos me inspira Cárlos:
tiene importancia mayor
el mal que en el pecho guardo.

CAS. Que no te desvela Aurora?
que á su amor eres ingrato?
FED. Nunca Aurora me inspiró
otro afecto que el de hermano.
CAS. Yo temía... me engañé.
(Oh, qué dulce desengaño!)—
Entónces debo pensar
que tu tristeza y recato,
nacen de que ves perdido
tu derecho á estos estados
desde mi union con el Duque.
Mas si piensas que yo causo
tu desasosiego y pena,
desde aquí te desengaño;
porque el Duque, solamente
por cumplir con sus vasallos
este casamiento ha hecho,
y á los deleites pasados
ha vuelto con mayor furia,
roto el freno de mis brazos.
Como se suelta al escape
un arrogante caballo,
que del bordado jaez
va sembrando los pedazos,
allí las piezas del freno
vertiendo espumosos rayos,
allí la barba y la rienda,
allí las cintas y lazos,
así el Duque en su locura
pedazos de honor sembrando,
allí se deja la fama,
allí los antiguos lauros,
y los purísimos timbres
de sus ascendientes claros:
allí el valor, la salud,
y el tiempo tan mal gastado,
haciendo las noches dias
en estos indignos pasos;
conque sabrás cuán seguro
estás de heredar su estado,
escribiendo yo á mi padre
que es más que esposo, tirano,

para que me arranque libre
de sus fementidos brazos,
si no anticipa la muerte
breve fin á tantos daños.

FED. Codiciosa vuestra alteza
de mi bien, acaba en llanto
su discurso, sin hallar
la razon de mis cuidados.
No la atribuyais, señora,
á pensamientos tan bajos.
Há menester Federico,
para ser quien es, estados?
No lo son los de mi prima
si yo con ella me caso?

CAS. Tú con Aurora? Pues no
me aseguras lo contrario?

FED No dije que no me case;
sí afirmé que no la amo.

CAS. Pues sin amor cabe enlace?

FED. Pues fuera yo el primer caso?
Responda por mí tu alteza.

CAS. Ya te respondo... callando.
Es cierto.

FED. Una cosa es
la inclinacion...

CAS. Está claro.

FED. No me has comprendido? Y otra
la razon.

CAS. Ya me hago cargo.
Pero ello es igual, si tú
te casas al fin y al cabo.

FED. Puesto que mi afan ignoras,
sabe, señora, que paso
una vida la más triste
que cabe en el ser humano;
que no hay bien posible para
quien ama como yo amo.

CAS. Calma, Federico ilustre,
tus pesares, que no ha dado
el cielo el llanto á los hombres,
sino el ánimo gallardo.
Naturaleza el llorar

vinculó por mayorazgo
en las mujeres, en quien
aunque hay valor, faltan manos;
no en los hombres, que una vez
sólo pueden, y es en caso
de haber perdido el honor,
mientras vengan el agravio.
¡Malhaya Aurora y sus celos;
que un caballero bizarro,
galan, discreto y tan digno
de ser querido, á un estado
han reducido tan triste!

FED. No causa Aurora mi llanto.

CAS. Pues quién es?

FED. El mismo sol.

CAS. Que no es Aurora?

FED. Más alto
vuela el pensamiento mio.

CAS. Mujer te ha visto y hablado,
y tú le has dicho tu amor,
que puede con pecho ingrato
corresponderte?

FED. Á mis penas
siempre ha de ser duro mármol.
Tan alto imposible adoro.

CAS. Estás, conde, enamorado
de alguna imágen de bronce,
ninfa ó diosa de alabastro?
Las almas de las mujeres
no las viste jaspe helado:
ligera cortina cubre
todo pensamiento humano.
Jamás amor llamó al pecho,
siendo con méritos tantos,
que no respondiese el alma:
«aquí estoy!... pero entrad paso!»
Dile tu amor sea quien fuere;
habla, y no mueras callando.

FED. El cazador, con industria,
pone al pelicano indiano
fuego alrededor del nido;
y él, descendiendo de un árbol,

para librar á sus hijos
bate las alas turbado,
con que más enciende el fuego
que piensa que está matando.
Finalmente se le queman,
y sin alas en el campo
se deja coger, no viendo
que era imposible volando.
Mis pensamientos, que son
hijos de mi amor, que guardo
en el nido del silencio,
se están, señora, abrasando;
bate las alas amor,
y enciéndelos por librarlos;
crece el fuego y él se quema;
tú me enciendes, yo me abraso;
tú me incitas, yo me pierdo;
tú me alientas, yo me espanto;
tú me esfuerzas, yo me turbo;
tú me libras, yo me enlazo;
tú me llevas, yo me quedo;
tú me enseñas, yo me atajo;
porque es tanto mi peligro,
que juzgo por ménos daño,
pues todo ha de ser morir,
morir sufriendo y callando.

ESCENA VII.

CASANDRA.

No ha hecho en la tierra el cielo
casa de más confusion,
que fué la imaginacion
para el humano desvelo.
Ella vuelve el fuego en hielo,
y en el color se transforma
del deseo, donde forma
guerra, paz, tormento y calma;
y es una manera de alma
que más engaña que informa.
Estos oscuros intentos,

estas claras confusiones,
más que me han dicho razones
me han dejado pensamientos.
¿Qué tempestades los vientos
mueven de más variedades,
que estas confusas verdades
en una imaginacion?
¡Ay, que las del alma son
las mayores tempestades!
Cuando á imaginar me inclino
que soy la que quiere el conde,
el mismo engaño responde
que lo imposible imagino.
Luego mi fatal destino
me ofrece mi casamiento,
y en lo que siento, consiento;
que no hay tan grande imposible
que no le juzguen visible
los ojos del pensamiento.
Las prendas del conde son
grandes; pero mayor fuera
mi desatino, si diera
puerta á tan loca pasion.
No más, necia confusion.
Salid, cielo, á la defensa:
aunque no yerra quien piensa;
qué hombre con honra se hallára
si fuera patente y clara
ofensa, pensar la ofensa.
Hasta ahora no han errado
ni mi honor ni mi sentido,
porque lo que he consentido
ha sido un error soñado.
Consentir lo imaginado
para con Dios es error,
mas no para el deshonor;
que diferencian intentos
el ver Dios los pensamientos,
y no los ve el honor.

ESCENA VIII.

CASANDRA, AURORA.

AUR. Larga plática ha tenido
vuestra alteza con el conde.
¿Qué responde?

CAS. Que responde
á tu amor agradecido.
Sosiega, Aurora, sus celos,
que esto pretende no más. (Se va.)

AUR. Muy tibio consuelo das
á mis amantes desvelos.
Dárselos quiero de veras
favoreciendo al Marqués,
hasta rendirle á mis piés
con mil ánsias verdaderas.
Volved, locas esperanzas.

ESCENA IX.

AURORA, el MARQUÉS.

MARQ. Venturoso soy, que aquí
está Aurora, y yo sin mí
firme entre tantas mudanzas.
Aurora del claro dia
en que te dieron mis ojos
con toda el alma en despojos
la libertad que tenía.
Desde que de Mántua vine,
hice con poca ventura
eleccion de tu hermosura,
que no hay alma que no incline.
No el verte desdicha ha sido,
que ver luz nunca lo fué;
sino que mi amor te dé
causa para tanto olvido.
Dame licencia y la mano.

AUR. No se morirá de triste
el que tan poco resiste

ni galan ni cortesano,
Marqués, el primer desden;
que no están hechos favores
para primeros amores,
ántes que se quiera bien.
Poco sufrís, poco amais;
licencia apenas me veis
para partiros quereis?
Yo os mando que no os partais.

MARQ. Albricias quiero pedir
á mi amor de mi esperanza,
mientras el bien no se alcanza
méritos tiene el sufrir.

ESCENA X.

LOS MISMOS, el DUQUE, FEDERICO, BATIN.

DUQUE. Escríbeme el pontífice por esta
que luégo á Roma parta.

FED. No dice la razon en esa carta?

DUQUE. Y que sea la respuesta,
conde, partirme al punto.

FED. Si lo encubres, señor, no lo pregunto.

DUQUE. ¿Cuándo te encubro yo, conde, mi pecho?
Sólo puedo decirte que sospecho
que con las guerras que en Italia tiene,
si numeroso ejército previene,
podemos presumir que hacerme intenta
general de la iglesia; que á mi cuenta
tambien querrá que con dinero ayude,
si no es que en la eleccion de intento mude.

FED. Contigo he de partir, porque á tu lado
no pienso que tendrás mejor soldado.

DUQUE Eso no podrá ser, porque no es justo,
conde, que sin los dos mi casa quede.
Ninguno como tú regirla puede:
esto es razon, y basta ser mi gusto.

FED. No quiero darte, gran señor, disgusto.
Pero en Italia, ¿qué dirán si quedo?

DUQUE. Que esto es gobierno, y que sufrir no puedo
ni aun de mi propio hijo compañía.

FED. Notable prueba en la obediencia mia.
(Se va el Duque.)

ESCENA XI.

AURORA, el MARQUÉS, FEDERICO, BATIN.

BATIN. (Á media voz á Federico.)
Mientras con el Duque hablaste,
he reparado en que Aurora
sin hacer caso de tí,
con el Marqués habla á solas.
No escuchas lo que te digo?...
Con el Marqués...
FED. Qué me importa?
AUR. Esta banda prenda sea
del primer favor.
MARQ. Señora...
AUR. Venid al jardin conmigo.

ESCENA XII.

FEDERICO, BATIN.

BATIN. Con qué libertad la toma
de la mano, y se van juntos.
FED. Hacen bien, si se conforman
las almas.
BATIN. ¿Eso respondes?
FED. ¿Qué quieres que te responda?
BATIN. Si un cisne no sufre al lado
otro cisne, y se remonta
con su prenda muchas veces
á las extranjeras ondas;
y un gallo, si al de otra casa
con sus gallinas le topa,
con el suyo le deshace
los picos de la corona,
y encrespando su turbante,
turco por la barba roja,
celoso vencerle intenta
hasta en la nocturna solfa,

¿Cómo sufres que el Marqués
á quitarte se disponga
prenda que tanto quisiste?

FED. Porque la venganza propia
para castigar las damas
que á los hombres ocasionan,
es dejarlas con su gusto,
porque aventura la honra
quien la pone en sus mudanzas.

BATIN. Dame, por Dios, una copia
de ese arancel de galanes;
tomaréle de memoria.
No, conde; misterio tiene
tu sufrimiento, perdona;
que pensamientos de amor
son arcaduces de noria,
y deja el agua primera
el que la segunda toma.
Por nuevo cuidado dejas
el de Aurora; que si sobra
el agua, ¿cómo es posible
que pueda ocuparse en otra?

FED. Bachiller estás, Batin,
pues con fuerza cautelosa
lo que no entiendo de mí
á presumirte provocas.
Entra y mira qué hace el Duque;
de su partida te informa
porque vaya á despedirle.

BATIN. Voy allá...—pero esta es otra.
Mientras el Duque previene
su partida, y tú la lloras,
sospecho que tras de tí
va Casandra, mi señora;
y á fe que si no acusáras
mi lengua de maliciosa,
dijera...

FED. Nada me digas.

BATIN. Aquí está. Sello mi boca.

ESCENA XIII

FEDERICO, CASANDRA.

CAS. (Aquí está el conde. Ay de mí!
Cobarde y determinada
llego á verle.)
FED. (Ya está aquí
desnuda la dulce espada
á quien la vida rendí.)
CAS. Ya anticipa su partida
el Duque.
FED. La suerte cruel
dispuso esta despedida.
CAS. Dime, conde, por tu vida,
vas á partir tú con él?
FED. No; que me sujeta aquí
un poder irresistible.
¡Imposible es huir de tí.!
CAS. Que huyamos es imposible
yo de tí, ni tú de mí!
Yo te infundiré valor.
FED. Del tuyo mi amor se ampara.
CAS. (Eres poderoso, amor;
por tí ni en vida ni honor,
ni aun en alma se repara!)
FED. (Oh! Hermosura celestial!)
CAS. Cómo te va de tristeza,
Federico, en tanto mal?
FED. Pues no sabe ya tu alteza
que es mi tristeza inmortal?
CAS. Destemplan melancolías
la salud; enfermo estás.
FED. Traigo unas locas porfías,
sin que pueda decir más,
señora, de que son mias.
CAS. Si es cosa que yo la puedo
remediar, de mí te fía,
que en amor tu amor excedo.
FED. Mucho de tí fiaría,
mas tengo á mi lengua miedo.

CAS. Por qué, conde, cuando yo
puesta mi esperanza en tí,
te exhorto á que hables aquí?
FED. Mas enojaráste?
CAS. No.
FED. Y tendrás lástima?
CAS. Sí.
FED. Pues señora, yo he llegado
perdido á Dios el temor,
y al Duque, á tan triste estado,
que éste mi imposible amor
me tiene desesperado.
Yo, en fin, señora, me veo
sin mí, sin vos y sin Dios:
sin Dios, por lo que os deseo;
sin mí, porque estoy sin vos;
sin vos, porque no os poseo.
Aunque dicen que el no ser
es, señora, el mayor mal,
tal por vos me vengo á ver,
que para no verme tal
quisiera dejar de ser.
En tantos males me empleo
despues que mi ser perdí,
que aunque no verme deseo,
para ver si soy quien fuí,
yo en fin, reñora, me veo.
Al decir que soy quien soy,
tal estoy, que no me atrevo;
y por tales pasos voy,
que áun no me acuerdo que debo
á Dios la vida que os doy.
Culpa tenemos así
del no ser que soy ahora,
pues olvidándome aquí
de mí mismo, estoy, señora,
sin vos, sin Dios y sin mí.
Sin mí no es mucho, pues ya
no hay vida sin vos, que pida
al mismo que me la da:
pero sin Dios, con ser vida,
quién sino mi amor está?

Si en desearos me empleo,
y él manda no desear
la hermosura que en vos veo,
claro está que vengo á estar
sin Dios, por lo que os deseo.
Oh, qué ciego fanatismo
es presumir conservar
la vida en tan ciego abismo,
hombre que no puede estar
ni en vos, ni en Dios, ni en sí mismo.
¿Qué habremos de hacer los dos,
pues á Dios por vos perdí,
despues que os tengo por Dios,
sin Dios, porque estais en mí,
sin mí, porque estoy sin vos?
Por haceros solo bien
mis males vengo á sufrir.
Yo tengo amor, vos desden;
tanto, que puedo decir:
«mirad con quién, y sin quién!»
Sin vos, y sin mí, peleo
con tanta desconfianza;
sin mí, porque en vos ya veo
imposible mi esperanza;
sin vos, porque no os poseo.

CAS. Conde, cuando yo imagino
á Dios y al Duque, confieso
que tiemblo, porque adivino
juntos para tanto exceso
poder humano y divino.

FED. Piensa que siempre el amor
halló en el mundo disculpa;
y es nuestra culpa menor,
porque hace menor la culpa
ser la disculpa mayor.
No es la disculpa leal,
si hay otros males, en quien
me aliente en peligro tal?

CAS. No; para pecar no es bien
tomar ejemplo del mal.

FED. Claros ejemplos nos dieron
cuantos á errar se arrojaron.

CAS. Es que los que errar quisieron,
siempre invocan los que erraron,
no los que se arrepintieron.—
Si remedio puede haber
en huir de ver y hablar;
porque con no hablar ni ver,
ó el vivir se ha de acabar,
ó el amor se ha de vencer.
Huye de mí, que de tí
yo no sé si huir podré,
ó me daré muerte aquí.

FED. Yo, señora, moriré,
que es lo más que haré por mí.—
Una mano te suplico
que me des; dame el veneno
que me ha muerto.

CAS. Federico,
á abrasarme me condeno
si pólvora al fuego aplico.
Piensa que en esta ocasion
con justa razon detuve
tu determinada accion,
que por una mano sube
el veneno al corazon.

FED. Sirena, Casandra, fuiste;
cantaste para meterme
en el mar, donde me diste
la muerte.

CAS. Tú has de perderme.
Ten, honor, fama resiste.

FED. Que ya no he de verte más?

CAS. Pues qué hemos de hacer los dos?
No has de olvidarme?

FED. Jamás!

CAS. Pues á verme volverás...

FED. Cuándo?

CAS. ¡Cuando quiera Dios!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA PRIMERA.

AURORA, MARQUÉS.

AUR. Yo te he dicho la verdad.
MARQ. No es posible persuadirme.
AUR. Tienes razon; que no hay quien
se persuada de este crímen.
Para pedirte consejo
quise, Marqués, descubrirte
todo el caso.
MARQ. De qué suerte
ver á Casandra pudiste
con Federico?
AUR. Guiada
por deseo irresistible
fuí en su acecho, y fácilmente
su maldad á indagar vine.
En correspondencia tiene
sirviéndoles de tapices
retratos, vidrios y espejos,
dos iguales camarines
el tocador de Casandra;
y como sospechen pisen

tan quedo, entreoculta en uno
miré y ví... no sé decirte
cómo ví que ardientes besos
el conde traidor imprime
en los labios de Casandra,
ni cómo ella los recibe,
que uno y otro, ausente el Duque
mi señor, tan ciegos viven.

MARQ. El Duque dicen que hoy vuelve
victorioso.

AUR. Eso me dicen.
Terrible instante, si á todos
cuenta de su honor nos pide.
Dame, Cárlos, tu consejo;
lo que tengo que hacer dime.

MARQ. Dile que te case al Duque;
que como el sí me confirmes,
con irnos los dos á Mántua
no haya miedo que peligres.

AUR. Vénguese en ambos el Duque.

MARQ. Cómo quieres que se limpie
tan fea mancha sin sangre,
para que jamás se olvide?

AUR. Bien dices; justo es que el cielo
sus liviandades castigue.

ESCENA II.

AURORA, MARQUÉS, FEDERICO, BATIN.

FED. Que no ha querido esperar
que salgan á recibirle?

BATIN. Apenas el Duque vió
los deseados confines,
cuando dejando la gente
y áun sin querer que te avisen
tomó al punto los caballos:
tan mal el amor resiste,
y los deseos de verte;
que aunque es justo que le obligue
la duquesa, no hay amor
á quien el tuyo no prive.

Eres el sol de sus ojos,
y cuatro meses de eclipse
impaciente le han tenido.—
Aquí está Aurora; que insistes
en huir el amor de esta
lozana rosa de Chipre?

FED. De su amor quiero valerme.

BATIN. No te enamora?

FED. Bien dices.—
Aurora, ¿siempre á mis ojos
con el Marqués?

AUR. ¡Qué donaire!

FED. ¿Con ese tibio desaire
respondes á mis enojos?

AUR. ¿Pues qué maravilla ha sido
el darte el Marqués cuidado?
Parece que has despertado
de cuatro meses dormido.

MARQ. Yo, señor conde, no sé,
ni he sabido que sentis
lo que ahora me decis;
que á Aurora he servido en fe
de no haber competidor,
y más si como vos fuera,
á quien humilde rindiera
cuanto no fuera mi amor.
Bien sabeis que nunca os ví
servirla; mas siendo gusto
vuestro que la deje, es justo;
que mucho mejor que en mí
se emplea en vuestro valor.

ESCENA III.

AURORA, FEDERICO, BATIN.

AUR. ¿Qué es esto que has intentado,
ó qué frenesí te ha dado
sin pensamiento de amor?
Conde, ya estás entendido:
déjame casar, y advierte
que ántes me daré la muerte

que ayudar lo que has fingido.
Vuélvete, conde, á estar triste,
vuelve á tu suspensa calma,
que tengo muy en el alma
los desaires que me hiciste.
Ya no me acuerdo de tí.
¡Invenciones!... Dios te guarde;
por tu vida que es muy tarde
para acordarte de mí.

ESCENA IV.

FEDERICO, BATIN.

BATIN. ¿Qué tienes?
FED. Que estoy turbado,
y olvidado, desatino.
BATIN. Eres como el vizcaino
que dejó el macho enfrenado,
y viendo que no comía,
ni atusándole las crines,
un galeno de rocines
trujo á ver lo que tenía;
el cual viéndole con freno,
fuera al vizcaino echó.
Soltóle; y cuando volvió
de todo el pesebre lleno
apenas un grano había;
porque con gentil despacho,
despues de la paja, el macho
hasta el pesebre comía.—
«Albeitar, juras á Dios,
dijo, es mejor que dotora;
y yo y macho desde ahora
queremos curar con vos.»—
¿Qué freno es este que tienes
que no te deja comer,
si médico puedo ser?
¿Qué aguardas? ¿Qué te detiene?
FED. Ay Batin! No sé de mí!
BATIN. Pues estése la cebada
queda, y no me digas nada.

ESCENA V.

CASANDRA, LUCRECIA, FEDERICO, BATIN.

CAS. Federico!
FED. (Á Batin.) Sal de aquí.
CAS. Ya viene.
FED. Desdicha fuerte!
De mí mismo huyendo voy;
fáltame aliento.
CAS. Yo estoy
entre la vida y la muerte.
Valor, conde; ruin flaqueza
retroceder fuera ya,
que el mismo riesgo me da
la precisa fortaleza.
Ántes que al hado inclemente
rendirme desesperada,
sabré de tu fe amparada
combatirle frente á frente.
Venga el duque.
FED. En su presencia,
faltos de fe y de valor,
nos venderá aterrador
el grito de la conciencia.
Presa me hallo en su venida
de tan mortales sonrojos,
que ántes que mirar sus ojos
quisiera perder la vida.
CAS. Pues qué hemos de hacer?
FED. Morir.
CAS. No hay otro remedio?
FED. No.
Porque perdiéndote yo,
para qué quiero vivir?
CAS. ¿Pues cómo me has de perder?
FED. Quiero fingir desde ahora
que sirvo y pretendo á Aurora,
pidiéndola por mujer.
CAS. Qué dices? Estás en tí?
FED. El peligro de los dos

nos obliga.

CAS. No por Dios.
Ven; toma ejemplo de mí.
Que el ánimo de tal suerte
te abandone? (Sin mí estoy!)
Yo soy mujer .. débil soy,
y tú eres hombre, eres fuerte.
Modera la turbacion
que se advierte en tu semblante;
no te venda el palpitante
latido del corazon.
Ni una voz!... inmóvil... quieto!
Ni una seña te permito,
que para tanto delito
conviene tanto secreto.

FED. Qué temes de mí, si blando
mi pecho á tu imperio cede?

CAS. Temo lo mucho que puede
decir tu lengua callando.

FED. Grande, inmenso late aquí
el corazon que te adora;
pero aún es más grande ahora
el terror que siento en mí.

CAS. Calma; fuerza es que recates
tan mortal desasosiego:
y entre tanto, yo te ruego
que de Aurora no me trates.

FED. Señora...

CAS. No hay que tratar.

FED. Que el Duque se acerca olvidas?

CAS. Quíteme el Duque cien vidas,
pero no te has de casar.

ESCENA VI.

CASANDRA, AURORA, LUCRECIA, FEDERICO, el DUQUE, el MARQUÉS, FLORO, FEBO, RICARDO, ALBANO, BATIN, ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE. (Dirigiéndose á Casandra y Federico, que ántes han logrado reponerse.)
Hijo, el paterno amor que nunca cesa

de amar su propia sangre y semejanza,
para venir facilitó la empresa;
que ni cansancio ni trabajo alcanza,
á quien de ver á sus queridas prendas
mal hiciera en sufrir larga esperanza.
Y tú, señora, así es razon que entiendas
el mismo amor, y en igualarte al conde
por encarecimiento, no te ofendas.

CAS. Tu sangre y su bondad, señor, responde
que merece el favor; yo le agradezco;
pues tu valor al suyo corresponde.

DUQUE. Bien sé que á entrambos ese amor merezco;
y que estoy de los dos tan obligado
cuanto mostrar en la ocasion me ofrezco.
Que Federico gobernó mi estado
en mi ausencia he sabido, tan discreto,
que vasallo ninguno se ha quejado.
En medio de las armas, os prometo
que imaginaba yo, con la prudencia
que se mostraba senador perfecto.

MARQ. Dios os guarde, señor.

DUQUE. Cárlos, Aurora.

AUR. Tan bien venido vuestra alteza sea
como le está esperando quien le adora.

MARQ. Dad las manos á Cárlos, que desea
que conozcais su amor.

DUQUE. Paguen los brazos
deudas del alma á quien tan bien se emplea.
Aunque siente el amor los largos plazos,
todo lo goza el venturoso dia
que llega á merecer tan dulces lazos.
Con esto, amadas prendas, yo querria
descansar del camino, y porque es tarde
despues celebrareis tanta alegria.

AUR. Dios os guarde, señor.

MARQ. Que Dios os guarde.

(Salen todos ménos Batin.)

ESCENA VII.

EL DUQUE, BATIN.

DUQUE. No hay algun criado aquí?
BATIN. Aquí tiene vuestra alteza
el más humilde.
DUQUE. ¡Batin!
¿Cómo ha pasado en mi ausencia
el gobierno con el conde?
BATIN. Cierto, señor, que pudiera
decir que igualó en la paz
tus hazañas en la guerra.
DUQUE. Llevóse bien con Casandra?
Ha estado unido con ella
en todo este tiempo?
BATIN. Unido
como la clara á la yema.
DUQUE. Gustoso te escucho.
BATIN. ¡Vaya!
No se ha visto que yo sepa
tan cariñosa madrastra
con su alnado; es muy discreta,
y muy santa y virtuosa.
DUQUE. No hay cosa que le agradezca
como estar bien con el conde.
Que como el conde es la prenda
que más quiero y más estimo,
y conocí su tristeza
cuando á la guerra partí,
notablemente me alegra
que Casandra se portase
con él con tanta prudencia,
y estén en paz y amistad.
BATIN. Están como una jalea.
Tú verás.
DUQUE. Pues en mi casa
hoy dos victorias se cuentan:
la que de la guerra traigo,
y la de Casandra bella
conquistando á Federico.

BATIN. Mas dígame vuestra alteza:
¿cómo descansó tan poco?
DUQUE. Porque al subir la escalera
de palacio, algunos hombres
que aguardaban mi presencia,
me dieron estos papeles;
y temiendo que son quejas,
quise descansar en verlos
y no descansar con ellas.
Vete y déjame aquí solo;
que deben los que gobiernan
esta atencion á su oficio.
BATIN. Guarde Dios á vuestra alteza.

ESCENA VIII.

EL DUQUE.

El Duque toma asiento cerca de una mesa, examinando varios pliegos.

Este dice:—«Señor, yo soy Estacio,
que estoy en los jardines de palacio;
suplico que me deis...»—Basta, ya entiendo;
con más cuidado ya premiar pretendo.
«El capitan Arnaldo...»—Tambien pide.
«Albano que há seis años que reside...»—
Este pide tambien.—«Julio Camilo...
preso porque sacó...»—Del mismo estilo.
Este viene cerrado,
un hombre me le dió todo turbado.
—«Señor, mirad por vuestra casa atento;
que el conde y la duquesa en vuestra ausen-
No me ha sido traidor el pensamiento; [cia...»
habrán regido mal; tendré paciencia.—
«Ofenden con infame atrevimiento
vuestro lecho y honor.»—Qué resistencia
harán á tal desdicha mis enojos?
«Si sois discreto os lo dirán los ojos.»—
Qué es esto? Yo estoy soñando!
Decis verdad, letras?... No!
Sabeis que soy padre yo

de quien me estais informando
que la honra me quitó?
Casandra me ha de ofender?
Mentira! no puede ser!
No veis que es mi hijo el conde?
Pero ya el papel responde
que es hombre y ella mujer.
Vil calumnia! Esto no ha sido
verdad; porque yo no creo
que emprenda caso tan feo
hombre de otro hombre nacido.-
Pero si me has ofendido!...
Oh, si el cielo me otorgára
que despues que te matara
de nuevo á hacerte volviera;
que tantas muertes te diera
cuantas veces te engendrára.
¡Que deslealtad! ¡Qué violencia!
Oh, ausencia! Y qué bien se dijo,
que áun un padre de su hijo
no tiene segura ausencia.—
¿Cómo sabré con prudencia
verdad que no me disfame
con los testigos que llame?
Ni así la podré saber;
porque quién ha de querer
decir verdad tan infame?
¿Mas de qué sirve informarme?
Pues esto no se dijera
de un hijo, cuando no fuera
verdad que pudo infamarme.
Castigarle no es vengarme;
ni se venga el que castiga,
ni esto á informacion me obliga;
que mal que el honor estraga
no es menester que se haga,
porque basta que se diga.

ESCENA IX.

EL DUQUE, FEDERICO.

FED. Sabiendo que no descansas
vengo á verte...
DUQUE. (¡Cristo válgame!)
FED. Y á pedirte una merced.
DUQUE. Ántes que la pidas, sabe
que mi amor te la concede.
FED. Señor, cuando me mandaste
que con Aurora mi prima
por tu gusto me casase,
lo fuera notable mio:
pero fueron más notables
los celos de Cárlos, y ellos
entónces causa bastante
para no darte obediencia.
Mas despues que te ausentases,
supe que mi grande amor
hizo que ilusiones tales
me trajesen divertido.
En efecto, hicimos paces,
y le prometí, señor,
en satisfaccion casarme,
como licencia me dieses
luégo que el baston dejares.
DUQUE. (Oh, qué traza tan grosera.)
No pudieras, conde, darme
mayor gusto. Vete ahora
porque trate con tu madre,
que es muy justo darle cuenta;
que no es razon que te cases
sin que lo sepa, y le pidas
licencia como á tu padre.
FED. No es preciso.
DUQUE. No ha de ser
ella gustosa en tu enlace?
FED. No siendo su sangre yo,
para qué quiere dar parte
vuestra alteza á mi señora?

DUQUE. Qué importa no ser tu sangre,
siendo tu madre Casandra?
FED. No; Casandra no es mi madre.
Mi madre Laurencia ha muerto.
DUQUE. Sientes que madre la llame?
Pues dícenme que en mi ausencia,
de que tengo gusto grande,
estuvistes muy conformes.
FED. Eso, señor, Dios lo sabe;
que prometo á vuestra alteza,
que aunque es para todos ángel,
que no lo ha sido conmigo.
DUQUE. Pésame de que me engañen;
que me dicen que no hay cosa
que más Casandra regale.
FED. Á veces me favorece,
y á veces quiere mostrarme
que no es posible ser hijos
los que otras mujeres paren.
DUQUE. Dices bien, y yo lo creo:
y ella pudiera obligarme
más que en quererme, en quererte;
pues con estas amistades
aseguraba la paz.
Vete con Dios.
FED. Si te enojas...
DUQUE. Vete de aquí; no me canses.
FED. Yo, señor...
DUQUE. Ni una palabra.
Guárdete Dios.
FED. Él te guarde.

ESCENA X.

DUQUE.

No sé cómo he podido
mirar, conde traidor, tu infame cara.
¡Qué libre! ¡Qué fingido
con la invencion de Aurora se repara,
para que yo no entienda
que puede ser posible que me ofenda.

Lo que más de su crímen me asegura,
es ver con el cuidado y diligencia
que de Casandra el pérfido murmura
que le ha tratado mal en esta ausencia.
¡Qué piensan los delitos,
que callan, cuando están hablando á gritos!
De que la llame madre
se corre, y hace bien, pues es amiga
la mujer de su padre,
y no es justo que ya madre se diga.
Pero yo cómo creo
con tal facilidad caso tan feo?
No puede un enemigo
del conde haber tan gran traicion forjado,
porque con su castigo,
sabiendo mi valor, quede vengado?
Ya de haberlo creido,
de vergüenza y de horror estoy corrido!

ESCENA XI.

AURORA, CASANDRA, el DUQUE.

AUR. De vos espero, señora,
mi vida en esta ocasion.
CAS. Ha sido digna eleccion
de tu entendimiento, Aurora.
AUR. Aquí está el Duque.
CAS. Señor,
tanto desvelo?
DUQUE. Á mi estado
debo por lo que he faltado
estos indicios de amor:
si bien del conde y de vos
ha sido tan bien regido,
como muestra agradecido
este papel de los dos.
Todos alaban aquí
lo que entrambos mereceis.
CAS. Al conde, señor, debeis
ese cuidado, no á mí:

que sin lisonja os prometo
que tiene heróico valor;
en toda accion superior,
gallardo como discreto.

DUQUE. De que le alabeis, señora,
grande es mi satisfaccion.

CAS. Una nueva peticion
os traigo, señor, de Aurora.
Cárlos la pide, ella quiere,
y yo os lo suplico.

DUQUE. Creo
que le ha ganado el deseo
quien en todo le prefiere.
El conde se va de aquí,
y me le ha pedido ahora.

CAS. El conde ha pedido á Aurora?

DUQUE. Sí, Casandra.

CAS. El conde!

DUQUE. Sí.

CAS. Sólo de vos lo creyera.
Y vos se la habeis de dar?

DUQUE. Mañana se han de casar.

CAS. Falta... (Sin poderse contener.)

DUQUE. Qué?

CAS. (Reprimiéndose.) Que Aurora quiera.

AUR. Perdone el conde, señor;
que suya no puedo ser.

DUQUE. (¿Qué tengo más que saber?
Vendióla su torpe amor.)
Que así te niegues no es justo;
te ha ofendido el conde?

AUR. Sí.

DUQUE. No por él; hazlo por mí.

AUR. El casarse ha de ser gusto;
yo no le tengo del conde.

DUQUE. ¡Extraña resolucion!

CAS. Aurora tiene razon.

DUQUE. Esto á vos no os corresponde.
Ven, Aurora.

AUR. Ya te sigo.

DUQUE. (Mal mi cólera contengo.)

AUR. Aquí llega el conde.

DUQUE. Tengo
que hablar á solas contigo.

ESCENA XII.

CASANDRA, FEDERICO, el DUQUE.

El Duque llega á tiempo conveniente en acecho de los dos.

CAS. Á muy bien tiempo has llegado
para vengarme de tí.
FED. ¿No estaba mi padre aquí?
CAS. Con qué loco desenfado
traidor, Federico, vienes,
habiendo pedido á Aurora
al Duque.
FED. Calla, señora;
mira el peligro que tienes.
CAS. ¿Qué peligro cuando estoy,
ingrato, fuera de mí?
FED. Pues tú das voces así?
CAS. Voces á los cielos doy!
FED. Oye, señora, y repara
en tu grandeza siquiera.
CAS. Pues qué hombre en el mundo hubiera
que cruel me abandonára,
despues de haber obligado
con mil protestas de amor
á su antojo mi valor?
FED. Calla, que aun no estoy casado.
Asegurar pretendí
al Duque, y asegurar
nuestra vida, que durar
no puede, Casandra, así.
Que no es el Duque algun hombre
de tan baja condicion
(Déjase ver el Duque.)
que á sus ojos, y en razon,
se ultraje su ilustre nombre.
Basta el tiempo que tan ciegos
el amor nos ha tenido.

CAS. No me dejes; te lo pido
entre lágrimas y ruegos.
Desventuradas mujeres!
Hombres sin Dios y sin fé!
FED. Digo, señora, que haré
todo lo que tu quisieres;
y esta palabra te doy.
CAS. Será verdad?
FED. Infalible.
CAS. Pues no hay amor imposible,
tuya he sido y tuya soy.
DUQUE. (Ocupando el centro de la escena en segundo término.)
No es menester más testigo;
confesaron de una vez.
Prevenid, pues que sois juez,
honra, sentencia y castigo.
CAS. Mi dulce bien!
FED. Amor mio!
(El Duque avanza interponiéndose entre ambos con actitud altiva y reposada.)
CAS. ¡Jesús!
FED. ¡El cielo me valga!
DUQUE. Conde, para sentenciar
una accion cobarde y baja,
necesito de tu ayuda.
Conde, un noble de Ferrara
y una dama principal,
ella sin fé, y él sin alma,
en mi ausencia mancillaron
mi honra, siempre inmaculada.
Vengarme no puedo: en ella,
porque desprecio me causa;
y por ser quien es, en él
sería bárbara hazaña.
Si arde en tus venas la sangre
de tu ascendencia preclara,
da á un pecado sin vergüenza,
un castigo sin venganza.
Muera ella á tus manos, y él,
por tí mismo á tus piés caiga.
Esto disponen las leyes

del honor, porque no haya
publicidad en mi afrenta
con que se dobla mi infamia,
que entregarlos al verdugo
fuera alborotar la Italia.
Tu honra es mi honra; no esperes
de mí piedad; no deshagas
el derecho del castigo,
cuando el honor, en la sala
de la razon presidiendo,
quiere sentenciar la causa.
El fiscal *verdad*, le ha puesto
la acusacion, y está clara
la culpa, que ojos y oidos
juraron en la probanza.
Amor y sangre, abogados,
los defienden; mas no basta,
que la infamia y la vergüenza
son de la parte contraria.
La ley de Dios, cuando ménos,
es quien la culpa relata;
su conciencia quien la escribe.
¿Qué temes? ¿Qué te acobarda?
Desarmado te hallas?... Toma!
Mis manos te dan el arma;
que mi justicia ejecute
quien ejecutó mi infamia!
(Se aleja hasta desaparecer por el fondo.)

ESCENA XIII.

CASANDRA y FEDERICO.

CAS. ¡Qué horror!
FED. ¡Qué horrible sentencia!
CAS. Ay, Federico!
FED. Ay, Casandra!
CAS. Un velo cubre mis ojos;
me ahoga el llanto; espira mi alma;
tiembla mi cuerpo, y la sangre
muere en mis venas heladas!

FED. Como arroyo que detiene
el hielo de noche larga,
helóse mi corazon
al peso de sus palabras!
CAS. ¡Qué mal hicimos!
FED. Qué mal!
CAS. Ya veo patente y clara
la extension de nuestra culpa.
FED. Inmensa fué nuestra falta.
CAS. Es tuyo mi amor?
FED. Es tuyo.
CAS. Mia tu vida?
FED. Y mi alma.
CAS. ¿Vacila tu brazo?
FED. No.
CAS. Hiere!
FED. No queda esperanza.
CAS. Hiere!
FED. Protéjame el cielo! (La hiere.)
CAS. (Cayendo muerta.)
Ay de mí!
FED. Ay, mi Casandra!

ESCENA XIV.

CASANDRA, FEDERICO, el DUQUE, el MARQUÉS, ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE. Caballeros!... ¡Capitanes!
venid!
MARQ. Para qué nos llamas?
FED. Acudid todos; ya padre
caigo rendido á tus plantas.
Ya sé que deben los hijos
por ley de Dios sacrosanta,
honrar los padres, y el cielo
honrar el mio me manda.
(Hiérese y cae muerto.)
DUQUE. Mirad aquí; Federico
ha dado muerte á Casandra,
temiendo perder por ella

la herencia tan suspirada
de estos estados, matándose
él, para huir mi venganza.
¡Respetemos los designios
del cielo en desdicha tanta!

FIN DE LA OBRA

AUMENTO Á LA ADICION DE 1.° DE SETIEMBRE DE 1874.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á las cinco	1	D. E. Jackson	Todo.
El que todo lo quiere	1	Leopoldo Vazquez	»
Por dinero baila el perro	1	Cárlos Frontaura	»
Un marido soltero	1	Antonio Zamora	»
Á mí qué	2	Eduardo J. Cortés	»
El corazon de un perdido	2	Mariano Chacel	»
El Manco de Lepanto	2	Enrique Zumel	»
Los bandos de Cataluña	2	Enrique Zumel	»
Carracuca	3	N. N.	»
El ángel del hogar	3	Angel Torromé	»
El árbol sin raíces	3	Herraz y F. Bremon	»
El castigo sin venganza	3	Emilio Álvarez	»
El estómago	3	Enrique Gaspar	»
La esposa del vengador	3	José Echegaray	»
La Vírgen de la Lorena	3	Juan José Herranz	»
La hiedra de la masía	4	Federico Soler	»
Quimeras de un sueño (Mágia.)	4	Enrique Zumel	L. y M.
ZARZUELAS.			
El velo de encaje	3	P. y Brañas y F. Cab.	L. y M.
El maestro de Ocaña	3	Cárlos Frontaura	Libro.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.